

dividuos. Porque, ¿ de donde vienen todas las dificultades y todos los males, si no es de que los unos ó los otros, y frecuentemente

truyendo y civilizando nuevos niños, de los cuáles muchos no les pagarán más que con ingraticudes, y muchas veces con injurias y calumnias. » (Aplausos).

Y Pedro salió de la iglesia para no caer en la tentacion — cómo era cobarde ! — de unir su oracion á la de los Hermanos : que bien la hubiesen merecido ! Ellos educan gratis próximamente *dos mil niños*, mientras que las demás escuelas catolicas educan mil quimientos, y nuestras escuelas de niñas más de cinco mil. (Aplausos). Si todo esto cayéra mañana á cargo de la ciudad, seria preciso edificios que costarian cuatro ó cinco millones ; sueldos y gastos que no bajarían de un millon por año, y que seria preciso hacer pagar con *vuestro dinero*, amigos míos !

Porque todo lo que la ciudad pretende dáros gratuitamente, es el impuesto quién lo paga ! Y el impuesto, ¿ sobre quién pesa ? De rebote en rebote, el propietario lo envia al inquilino, el comerciante al comprador, y, por ultimo, es al obrero á quién alcanza : sois vosotros que tendriais que pagar todo lo que os economiza la genérosidad religiosa. Y, sin embargo, la perdida de tanto dinero no seria nada, nada, amigos míos, al lado de la perdida moral que causaria á Lieja la supresion de esta enseñanza religiosa, y de esta educación cristiana que no se dá completamente más que en las escuelas sostenidas por esta genérosidad ! (Vivos aplausos).

Ignoro si Pedro pensaria en esto al entrar en la calle de Vertbois : un carretoncito llegaba arrastrado por un pequeño caballo. Era el carruaje de las Hermanitas de los Pobres ! Eran dos las Hermanitas, la hija de un conde, y la hermana de un obrero que Pedro conocia mucho, y era la ayuda que llevaba la condesa para recoger de puerta en puerta los dónes de la caridad, para los 250 invalidos del trabajo que estas Hermanitas alimentan diariamente en Lieja ! (Aplausos)

Y pareció á Pedro que veía pasar por delante de él, á continuacion de estas dos Hermanitas de los Pobres, el largo cortejo de centenares de religiosas que, bajo diferentes nombres y trajes distintos, admirables personificaciones de la abnegacion catolica, se hacen por treinta lados, las madres de vuestros huerfanos, amigos míos, las madres tambien de

todos, no cumplen sus deberes como deben ? Muchos no quieren esta solucion, ni este remedio ; pero, lo sabeis como yo, todo

los hijos abandonados ; las religiosas que están en nuestros hospitales, las valerosas monjas que cuidan á vuestros hermanos, los soldados heridos ó los obreros enfermos ; — en nuestros hospicios, las protectoras amables de todos éstos ancianos que no tienen otro hogar que el de la beneficencia ; el brazo de los imposibilitados, el ojo de los ciegos, la razon de los que la han perdido ; las religiosas, por ultimo, que, en lucha héroica contra el vicio, acaban por arrancar del libertinaje á las victimas, estrechandolas contra su corazon, para devolverlas la virtud, la inocencia y santidad. (Aplausos)

« Abajo el sombrero delante de éstas mujeres ! » se dijo Pedro. Y no teniendo en aquel momento otro medio de testimoniarles su simpatia, no pudo contenerse de ir á acariciar con la mano al caballo de las Hermanitas de los Pobres. — « Entre los que desconocen é injurian á estas amigas del pueblo, y tu que las ayudas, tirando del carreton, pobrecito caballo, no me pareceis seguramente tån animal ! »

Completamente conmovido por los encuentros que acaba de tener, llega aqui proximo, á la iglesia de los Padres Jesuitas. La puerta está abierta y en ella entra.

Si, amigos míos, en los Jesuitas ; resueltamente es un hombre perdido ! (Risas). Rezó, — hizo más : habia allí, en un rincon un poco oscuro, yo no sé que sacerdote anciano atento á la pesca de almas, á ésa tendida de redes de la cuál se sale más fuerte, más libre que nunca para élevarse al cielo !

Lo que pasó entre el sacerdote y el obrero, lo ignoro. Solamente sé que, al salir de allí Pedro se decia : « Tiene razon ése anciano Jesuita ! No hé sido muy malo hasta aqui ! Hé trabajado hasta hoy para mi patron, era mi deber ! — para mi mujer y mis hijos : lo era tambien ! pero para mi Dios ? Ah ! para Dios ! cómo hé estado mal aconsejado no pensando en esto, cuando puedo ganar cada dia la más magnifica remuneracion del mundo, el maximum del salario posible, una dicha que no acabará nunca !

« Y creeré yo todavia que no há hecho nada por los obreros esta Iglesia catolica que dá al más modesto, al más oscuro, al más vil tra-

lo que se imagine, no hace más que agravar la situación, haciendo á los patronos más duros y á los obreros más exigentes, y alejan-

bajo, un valor sin igual, superior á todo lo que pueden producir los centenares de millones de un Rothschild ! (Risas).

Termino : Pedro regresó á su casa. La pequeña oracion que habia ido á llevar á la iglesia, Dios habia hecho, — como acostumbra hacer con toda oracion, — un gran rocío de paz y alegría que se habia extendido por toda la familia. La mujer se encontraba de buen humor ; los pequeñuelos estaban perfectamente tranquilos ; el mayor triunfaba de gozo por haber obtenido, como recompensa del catécismo, una bella estampa.

« ¿ Sabes porqué ésa estampa? dijo la mujer al marido : há ganado hoy el primer puesto sobre el hijo de tu patron, por una respuesta que há sabido él mejor que los demás.

— ¿ En qué pregunta, há sido éso, pequeño ?

— En la antepenultima del capitulo 57, contestó modestamente el vencedor : « ¿ Cuántos son los pecados capitales que reclaman venganza al cielo? — Son cuatro: el homicidio voluntario, — la impureza contra naturaleza, — la opresion de los pobres, — la sustraccion del salario á los obreros. »

« No hay más que el catécismo, pensó en si mismo el padre, que enseñe á los hijos del rico cómo á los hijos del obrero, que retener nuestro salario es delante de Dios parecido al homicidio, équivale á la infamia ! »

Volviendo á encontrar Pedro sobre la silla, en la que se iba asentar, el diario socialista antes indicado, lo quemó... para encender su pipa ! (Bravos).

Solamente, en la rapidez de su obrar habia olvidado, que no tenia tabaco en ella.

« ¿ Qué debo decirte? exclamó su mujer. El vecino que nos debia 20 francos, hace seis meses, acaba de devolvermelos : á la fuerza há querido agregar estos 50 centimos de interés. Anda, niño, á buscar con esto tabaco para tu padre? »

Cuando la mujer pensaba en proporcionar tabaco al marido, es porque todo iba bien en casa : deudas pagadas, provisiones para algunos

dolos así más de la union en la que deberian vivir y que seria su salvacion. Dios es todo, no se le puede suprimir ; es necesario someterse á él de buen grado ó por fuerza. Sometámonos de buen grado y de buena voluntad, y entonces nos bendicirá en este mundo, y nos dará su cielo en el otro. Así sea.

dias, — algunos francos para añadir á la libreta de la Caja de Economías, — en fin, el cielo azul en casa.

Pedro hubiéase con gusto añadido el placer de fumar á todas las alegrías que veía en derredor suyo...

« Nada de éso, Lisa, dijo él, deteniendo al muchacho dispuesto á partir. El medio franco irá á otra parte ! »

Y envolviendo la moneda en un papel, se puso á escribir la direccion : « Esto le agradará más que un billete de Banco de un rico ! »

¿ Nos es verdad? Monseñor, — porque era su Señoría, quién há tenido la alegría de leer esta carta : *Al Señor Obispo, para el Asilo de Dom Bosco, — en lugar de algunas pipas de tabaco, de parte de un obrero que sabe lo que la Iglesia há hecho por los obreros !* (Aclamaciones, aplausos).

Es una historia, amigos míos ! (Aplausos)

(José Demartean, *Discurso pronunciado en el Congreso de Lieja, reunion de obreros, tomado de la Gaceta de Lieja, octubre 1890.*)